



# Casino Obrero

BÉJAR



**XXXIV**  
**CONCURSO LITERARIO**



## Acta del XXXIV Concurso Literario

*En la ciudad de Béjar, siendo las 12 horas del día 3 de diciembre de dos mil, reunido el Jurado Calificador del XXXIV Concurso Literario, compuesto por D. Florentino Hernández Girbal como presidente de honor, D. Anastasio Báez Plaza, D. Juan Belén Cela, D. José Manuel Regalado García, D. Óscar Rivadeneyra Prieto y Doña Carmen del Caño Pérez como Secretaria, con voz pero sin voto, y ACUERDAN:*

- 1.- Destacar la alta calidad de los trabajos presentados.*
- 2.- Conceder el Segundo Premio, consistente en 50.000 ptas., placa y 75 ejemplares a D. Manuel Terrín Benavides, con la obra «Muchacha con los ojos llenos de flores».*

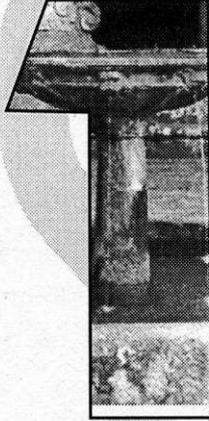


3.- Conceder el Primer Premio, consistente en 100.000 pesetas, placa y 75 ejemplares, a D. J. Francisco Fabián García por la obra titulada «Cántico espiritual».

Firman la presente todos los citados en señal de conformidad, de lo que como Secretario,

DOY FE.

XXXIV Concurso Literario



1<sup>er</sup> Premio  
«Cántico espiritual»  
de J. Francisco Fabián G.

## CÁNTICO ESPIRITUAL

*J. Francisco Fabián García*

*Para Pepe Muñoz y para tantos otros como él  
y como Gabriel Merchán que se irán algún día  
sin que les hayamos pagado todo lo que les debemos*

*Nunca había estado en Béjar. De paso  
muchas veces, cuando la Nacional 630 hacía  
pasar inevitablemente los coches por un lado.  
Con la imaginación y por fotografía sí. Pero  
estar, lo que se dice estar, no había estado nunca.  
Podía confesar, aunque no quería confesarlo a  
nadie, y se moriría sin hacerlo, que en un par de*



ocasiones, atravesando Béjar camino de Sevilla, la primera y de Cádiz la otra, sentada en el coche, al lado de su marido, había recordado con intensidad que aquél era el pueblo de Gabriel, preguntándose dónde estaría, dónde pararía, qué sería de él. Enseguida supo de la importancia de aquel pensamiento porque inconscientemente encendió un cigarro, aunque a su marido le molestase que fumara dentro del coche, sobre todo porque iban los niños, cuando todavía eran niños. Pero tuvo que fumar y para mitigar los reproches y dejarlo en una mirada poco complaciente de su marido, bajó un poco la ventanilla y dijo: *¿Uno sólo, vale?*. Así se lo terminaría a gusto. Sólo ella lo sabía: con aquella aparente pequeñez, con aquel refugio sutil absorbiendo humo y soltándolo despacio, privilegio sólo de viciosos fumadores, Amparo le hacía un guiño secreto a un pasado desconocido por todos los

ocupantes del coche atravesando así, despacio, Béjar, mirando y dejándose llevar después, durante los kilómetros siguientes, por las leves ondulaciones nostálgicas de su pensamiento.

Pero aquella mañana de tardoverano, más bien ya de otoño, a juzgar por el color que iban tomando prematuramente algunos árboles, estaba allí, sola y sin demasiada prisa. No tuvo que pedir permiso ni disculparse para encender un nuevo cigarro, que era el quinto. Dejó el coche en una plaza que tenía una especie de fuente en el medio, presidida con dos estatuas y fue a tomar un té. Tenía que ser un té, le pegaba mejor tomar un té con limón. Si hubiera hecho calor habría tomado un par de cañas para que su cabeza se pusiera en pocos minutos con esa particular seguridad de pensamientos que le daban dos gotitas de alcohol con el estómago vacío. Estaba en Béjar, un lugar que en sus imaginaciones anteriores apa-



recía como una postal envuelta en algodón azul, su color. La frase era suya, se le había ocurrido y la recordaba desde mucho tiempo atrás, cuando Gabriel y ella se escribían cartas desde lejos. Durante mucho tiempo se había hecho su propia composición sobre Béjar, producto de las descripciones y de las fotografías antiguas y modernas enviadas por Gabriel, envueltas, invariablemente, en su temperamental pasión por lo tradicional y contra todo lo que supusiera proyectos y negocios sin escrúpulos.

Tenía ahora tres días para conocerlo, exceptuando las reuniones con el alcalde, con el presidente de la Cámara de Comercio y con algunos otros representantes de la ciudad, que no le llevarían mucho tiempo, porque traía órdenes de no descubrir demasiado los motivos reales de su visita y del informe consiguiente a ella acerca de la viabilidad de emplazar en Béjar una importante

*factoría de la marca deportiva Nike.*

*Había venido lamentando por el camino la destrucción de las cartas de Gabriel, las que secretamente guardó durante algunos años a escondidas de todo el mundo, a pesar del pacto mutuo contrario. Al final, el temor de que aparecieran por casualidad en un momento inadecuado y el nacimiento de su tercer hijo, provocó que se forzara a sí misma a destruirlas para siempre. Con tres hijos no podía permitirse el lujo de provocar una crisis matrimonial si llegaban a las manos de su marido. Con uno sólo, todavía, pero con tres hijos no. Así que las destruyó finalmente, quemándolas en la chimenea del salón una noche que casualmente faltaban todos a dormir. Fue un ritual de melancolía que provocó algunas lágrimas y toda una noche de singular infidelidad. Ahora, unas horas antes de llegar a Béjar, había venido lamentándolo. Le hubiera gustado releer-*



las de un tirón el día antes por la noche en el hotel, después de cenar, recién duchada, recostada en la cama y fumando despacio en cualquier punto desconocido del trayecto entre Barcelona y Béjar. Y viajar, después, los kilómetros que restaran hasta Béjar a la mañana siguiente, sumergida en el ambiente perfumado de la melancolía, de aquella cierta, secreta y personal melancolía. Aún recordaba al pie de la letra frases concretas e ideas de las cartas de Gabriel. Podía haber olvidado muchos detalles, pero no el apasionamiento con el que le había descrito las virtudes y los defectos de su pueblo, de su paisaje y, sobre todo, de los millones de insignificantes detalles que según él componían un cúmulo fantástico y personal de sutilezas descubiertas con los años y poco apreciadas.

Amparo llegaba aquella mañana de primeros de Octubre con la cercana emoción de revivir el

pasado a través de sus propios recuerdos, de sus fantasías añadidas con algunos juegos particulares. Llegaba con todo lo que había estado guardando para ese día o para otro utópico en un habitáculo secreto de su memoria y quizá esperaba que, además, que se produjera un milagro. Se sentía ahora, tomando el té, sola en el pórtico acristalado de un bar de aquella plaza, la protagonista de una película con música suave de fondo. Quería vivir lo que fuera con aquella calma exacta, sin abandonar el cigarro rubio, ni tampoco la lentitud de cada pensamiento, ni aquel sosiego, ni tampoco el ambiente de soledad introvertida que tenía entonces y que se deseaba para los tres días de su estancia transitoria en Béjar.

¿Sabe usted quién es Gabriel Merchán?, preguntó al camarero comiendo en un rincón del comedor del hotel. «Me suena, pero no, no sé



*quien es. Ahora pregunto en la cocina». En la cocina tampoco lo sabían, y el recepcionista del hotel, después de consultarlo con una ayudante joven, dijo que le sonaba mucho, pero que no sabía bien de qué. Fue el alcalde quien le dio mejor información por la tarde después de la reunión. «Era un tipo, hace ya años, ¿cómo le diría?... difícil, un tipo incómodo, de esos que no se rinden ni por esas, que lo denuncian todo, que tienen como otra visión diferente de las cosas.. Claro, lo fácil es estar todo el día diciendo que aquello está mal hecho y que lo otro también. Todo estaba mal para él o otros tres o cuatro. Para ellos no se daba nunca en el clavo. Vivía obsesionado con que Béjar tenía que ser un fósil en su aspecto del siglo pasado y no se daba cuenta de que los sitios cambian con el tiempo y que a cada época le corresponde su coyuntura. Además, coño, yo creo que hay que tener los pies*

sobre la tierra. Los sitios tienen que cambiar y tener las cosas de su tiempo, si no es que estaríamos todavía en el Neolítico, aquí no se habría movido nada desde entonces. Lo que merezca la pena, hay que dejarlo, lo demás tiene que ser de su tiempo y nada más. -Se apasionaba el alcalde. Pero, vamos, hará unos 15 ó 20 años que dejó de escribir y de dar las conferencias que daba para el grupito que les gusta oír de esto... Pero seguro que era buena persona en el fondo. No le he vuelto a ver. En realidad no le conocía mucho, sabía que era profesor y tal, pero nada más. Se debe haber ido a algún sitio o haberse dado cuenta de que por ese camino no se va a ninguna parte o lo mismo se ha hecho todo lo contrario, como hicieron algunos socialistas en la época de Felipe González. Después de decir esto se dio cuenta de que a lo mejor se había excedido. Siempre con aquella obsesión suya, incontrolada, por meterse



con los socialistas, como si le hubieran hecho algo.

Amparo no aceptó comer con el alcalde al día siguiente. El alcalde se había oído que venía para algo que le podía beneficiar y, sin disimulo, como sucede en estos casos, quiso agasajarla invitándola a comer y a lo que hiciera falta. Pero Amparo no aceptó. No era ella la persona adecuada para los agasajos, para estas cosas se sabía un poco rara y tímida y, además, sabía que no eran necesariamente invitaciones sinceras. Podías caerle fatal, pero te invitaban igual. Así que inventó una mentira relacionada con Merchán, comió sola unas raciones y quedaron para tomar café al caer la tarde en un bar del centro llamado Bar Sol, según apuntó en la agenda para que no se le olvidara. A esa hora estaba de vuelta de un paseo completo por el Béjar antiguo, escudriñando callejuelas como le gustaba hacer en los sitios

*antiguos y desconocidos. Y estaba encantada. Se había topado con la ciudad que le describía Gabriel, con la misma intimidad para pasear por las calles estrechas y el mismo sabor a sitio antiguo, más antiguo aún, más decadente que el que le mostraban las cartas años atrás. Era una tarde de nubarrones poco peligrosos, ventosa, premonitoria de un invierno habitual de la Meseta.*

*Tanto interés le había intuido el alcalde a Amparo por Gabriel Merchán y tantas ganas de agradarla tenía en asuntos colaterales y de todo tipo, que estaba dispuesto a serle útil en lo que fuera. «Felipe - le dijo a uno de los camareros del bar- ¿tú sabes algo de Gabriel Merchán, uno que era o es profesor del Instituto?». El camarero le miró, puso en funcionamiento su memoria sin decir nada mientras manipulaba la cafetera, se hizo levemente desear apretando un labio contra el otro y dijo luego con contundencia: «Tengo*



*oído que fue a vivir con los curieles». Evidentemente no sabía más, porque si no lo hubiera dicho, de modo que todos quedaron conformes.*

*Aquella tarde Amparo Velasco tuvo que contarle al alcalde y a los dos concejales que le acompañaban y, también, en parte al presidente de la Cámara de Comercio local y a otros dos presidentes de empresas de Béjar, a un constructor de Salamanca y a otro, escritor local, cronista o algo parecido, una historia parecida a la real sobre Gabriel Merchán. Era verdad que habían sido compañeros en un instituto del Norte de Palencia. Era verdad que habían sido ambos profesores de Filosofía y que habían mantenido una estrecha amistad, pero lo que no lo era es que le estuviera buscando para proponerle un trabajo en un libro promovido por una editorial y, menos aún, que hubieran estudiado juntos la carrera. Al*

alcalde en realidad le daba igual la relación que hubiera habido entre ambos y los deseos de ella por encontrarle. Un poco tarde se dio cuenta que mejor sería no seguir facilitándole datos sobre el personaje, no fuera a ser que en alguno de aquellos arrebatos que le daban, en palabras del alcalde, le fuera a proporcionar alguna información no deseable. De modo que cambió enseguida de conversación por si acaso. Y ella prefirió no insistir.

Esa misma noche empezó a llover a eso de las 9, cuando Amparo daba un paseo en coche por Béjar. Iba despacio, como si fuera un coche-patrulla de la policía, pero perdiéndose continuamente y apareciendo después en lugares ya conocidos. De nuevo se veía a sí misma como la protagonista de una lenta película francesa donde no podía faltar la lluvia tenue, las luces amarillentas y el ambiente de soledad. Se sentía bien. Estaba en Béjar, a solas con sus pensamientos, con sus



*antigüedades y nostalgias, invadida por un clima particular y secreto, un baño nocturno, desnuda, en el estanque de las soledades ajenas a su mundo habitual. De vez en cuando se fijaba en la silueta de un transeúnte, por si se diera el milagro de ser Gabriel Merchán. Le pitaría, le llamaría por la ventanilla entreabierta y después no sabría qué hacer, eso lo tenía seguro. Y después de ese después, tampoco. Ahí estaba el vértigo y también la maravilla.*

*Cuando dejó de llover, cerca ya de las 11 de la noche, la calle larga entre casas antiguas que cruzaba longitudinalmente buena parte del casco antiguo, era un apacible desierto urbano, húmedo y tenue para pasear lentamente entre tantas fachadas mudas y hermosas. Sólo fue interrumpido todo ese encanto cuando lo usurpó una moto vieja, pilotada por un pequeño salvaje que encontraba en aquella soledad la forma de romper lo*

apacible, de destacarse, de oírse a sí mismo o de cualquiera sabe que otro pensamiento obtuso producto de las dificultades de la vida o de la edad. Sin duda Gabriel le habría contado sus paseos nocturnos por aquella misma calle larga, retumbando un poco las discusiones con sus amigos Elías y Carlota, siendo inevitablemente ellos tres los reyes de las noches de invierno y, desde luego los más raros.

Amparo había venido a trabajar y trabajaría, pero también estaba en Béjar para algo más que no sabía concretar y, desde luego, para fumar tranquilamente poseída por la magia del humo en soledad intensa. Gabriel Merchán y ella se habían conocido dando clases en un instituto del norte de la provincia de Palencia. Él llegó primero, era algo mayor y cuando ella desembarcó, desorientada, en un dos caballos azul cielo que se acababa de comprar, él le dio el apoyo necesario para



que no se sintiera sola. No le fue difícil ser amable. Era guapa, transparente, tenía la mirada dulce, cuando reía iluminaba las situaciones y lo hacía con frecuencia. También era tímida y siempre aceptaba los planes que se le proponían. No lo pareció en principio, pero estaba casada, aunque por aquellos primeros momentos en el instituto su marido estaba temporalmente en Oxford porque era ya un hombre importante de la Universidad. Gabriel lo descubrió tres meses después de conocerla y ella se ruborizó al confesarlo, como si fuera algo malo, como si hubiera deseado que para él no lo estuviera. Se notó tanto que ninguno de los dos supo por donde salir en el momento en que ella lo dijo, como queriendo que todo fuera conocido y, después de ello, partir de cero. Inconscientemente Gabriel quiso hacer ver que la noticia no le afectaba y disimuló, pero aquel mismo día por la tarde se marchó a ver el

mar, que desde allí no quedaba nada cerca. Era de secano, pero había aprendido que ciertas sensaciones, sentimientos o estados muy valiosos del alma encuentran al pie del mar, en aquella monotonía especial de agua y en su brisa, un complemento perfecto. Transcurrió después el tiempo lentamente entre las lluvias del invierno y el ajetreo de las clases. Nevaba allí bastante y Gabriel era más bien dado a la soledad trabajando en su casa. Todas las coincidencias de los tres primeros meses, las atenciones, los deseos de agradar y aquellas sensaciones que parecían unirles, quedaron vivas, pero en letargo, envueltas en un fardo de extraña incertidumbre e imprevista timidez. Gabriel era pescador de truchas, encontraba en aquella soledad del río, entre el agua, el ruido y los árboles, un estado del espíritu poco frecuente y, además, enlazaba con los recuerdos, evocando inevitablemente, las experiencias de niño al salir



*el sol, acompañando a su abuelo, de pesca en las zonas altas del río de Béjar, entre los alisos, con aquel olor a río y el sabor del bocadillo de chorizo y queso de las 11 de la mañana.*

*Un día de fiesta entre semana, coincidieron inesperadamente a solas, temprano, paseando por la parte antigua del pueblo aprovechando la buena mañana. Tomaron un chocolate con churros en un café madrugador y planificaron ir juntos aquel mismo día al río, él a pescar y ella a probar las truchas fritas recién pescadas y el chorizo de acompañamiento. Y vino tinto bueno que se encargó él de elegir. Todo salió tan a la perfección que comieron y bebieron relajadamente en medio de aquella frescura de finales de Mayo. Y se contaron secretos y confidencias. Los besos de aquel día, los que hubo, pusieron en su sitio los amagos de tantos meses. Pero descolocaron sus corazones gravemente para una semana y, con una inmen-*

sa dulzura y resignación, para después. En verano empezaron a escribirse cartas y ya no dejaron de hacerlo en cuatro años. Para el curso siguiente él volvió a Béjar, como había sido su deseo desde que le mandaron a Palencia y antes a un pueblo de Zamora y antes aún a la Vera extremeña. Ella estuvo un año más y luego lo dejó para ir, primero, con su marido a Oxford, tener tres hijos después y asentarse definitivamente en Barcelona, donde trabajaba ocasionalmente para una empresa consultora. La distancia fue haciendo lentamente su efecto y las cartas espaciándose hasta desaparecer sin que ninguno de los dos lo quisiera realmente.

Gabriel estaba enamorado de Béjar. También lo estaba de su madre, aunque ambas cosas a simple vista no tuvieran nada que ver. Con su amigo Elías vivían para utilizar tiempo libre en estudiar las calles de Béjar, sus arquitecturas, sus



leyendas, levantar planos, averiguar lo remoto y actuar, sin pretenderlo ni ser su vocación, de incómodos moscardones para quienes directa o indirectamente hacían daño al paisaje o a la imagen tradicional de la ciudad que ellos defendían. Le lloraba a Amparo en las cartas las impotencias que gimen inevitablemente las gentes como él, ganadoras, todo lo más, de una por cada veinte batallas que libran. De un viaje a Inglaterra con su marido, Amparo le envió una estilográfica azul oscura muy cara para que le escribiera siempre con ella las cartas. En cuatro años supo de sus desvelos, de sus apasionamientos, de sus paseos por los lugares que amaba y de su nostalgia por el día de la pesca en el río juntos, la única vez que estuvieron tan cerca y tan en peligro.

Su último día en Béjar madrugó y desayunó lentamente en el comedor del hotel, ocupado úni-

camente por ella y por una especie de viajante que la miraba, por si acaso. Nunca comía tostadas para mantenerse más bien delgada, pero aquella mañana las comió. Y bebió el café, apuró el zumo y fumó finalmente un cigarro sin prisa en un rincón del comedor, evitando mirar al viajante que lucía unos gemelos y una corbata muy elocuentes con lo que a su manera parecía comunicar. Había terminado el trabajo. Podía marcharse ese mismo día o esperar. Lo meditó con el segundo cigarro, tomó el teléfono móvil y llamó a Barcelona para decir que regresaría un día después. «¿Cómo llego a Valdesangil?». El camarero al que se lo había preguntado fue a buscar un folleto a la recepción y le dio las explicaciones necesarias. Su atrevimiento, si lo era en realidad, la ruborizaba de alguna manera. Pero tenía que hacerlo. Quizá nunca más, y se decía pronto, nunca más, volvería a tener una oportunidad así, rodeada de toda



*aquella intimidad subversiva y sola.*

*Desde un alto, a medio camino en la carretera de Valdesangil, frenó para contemplar el paisaje de otoño. Asomaba la torre de una iglesia entre los árboles. Parecía, al menos desde lejos, un lugar muy adecuado para los sueños y los deseos de intimidad de Gabriel. Quizá le habría hablado también de este lugar, pero no se acordaba, eran tantos los sitios que le había descrito y esbozado en cuatro líneas de dibujo con la pluma, que, sin duda, aquel lugar, por su aspecto, debía estar entre los relatos. En Valdesangil hay una plaza primero y otra después, pero Amparo no lo sabía y siguió hasta la de abajo, porque en la de arriba no encontró a nadie por la calle. Una mujer bajita, menuda, pero con andar decidido, cruzaba la plaza con un cubo, al parecer camino de una fuente de piedra que presidía la plaza desde un lado. La pitó, porque no pareció concederle nin-*

gún caso al hecho de que un coche llegara. Bajó la ventanilla y le preguntó si vivía allí Gabriel Merchán. A la mujer se le atropelló la lengua por un momento, dijo algo que ni ella misma debió entender, hubo un silencio congestionado de dos segundos y, finalmente, sentenció con claridad: «Ese señor que dice se murió ya. Está enterrado aquí». Como en la literatura, pero de verdad, totalmente de verdad, a Amparo le recorrió el cuerpo un profundo escalofrío. Hizo dos o tres preguntas más sin demasiado sentido y despidió a la mujer, que se marchó con aires de ir a contarle inmediatamente a una hermana o a una cuñada que una señora había ido preguntando por el que se había muerto hacía ya cinco años. Aparcó el coche y se mantuvo dentro inmóvil unos minutos. No sabía qué hacer. No estaba preparada para esa noticia. Encendió un nuevo cigarro. Estaba fumando demasiado. Por si la observa-



ban, fingió leer unos papeles que no leyó. No sabía qué hacer, pero necesitaba hacer algo, por ejemplo que le diera el aire en el rostro. Finalmente salió y comenzó a caminar, como si supiera dónde iba. La calle, superada la placita, se perdía después de una curva entre dos casas. La siguió durante unos pasos un pequeño perro blanco y negro que quiso tantear de dos intentos el grado de receptibilidad de aquella forastera. Ella casi ni se dio cuenta y el perro desistió enseguida. La miraron de arriba abajo un hombre delgado y un joven, que bajaban calle abajo con una carretilla cada uno transportando sendos sacos de hierba seca. Oyó cantar a un joven que extendía yeso en una casa en construcción y le oyó, sobre todo, intensificar el canto a su paso, como para hacerse notar. De pronto, tras volver una esquina, el pueblo terminaba, pero quedaba en la lejanía más cercana un paisaje de construcciones de

*piedra, seguramente no habitadas, a las que conducía el camino que parecía seguir aún más adelante. Continuó andando. (¡Gabriel estaba muerto!). Seguramente no lo habría buscado, porque no se había planteado nada a partir del hecho de que la persona a la que buscaba estuviera muerta, pero el caso es que estaba, sin esperarlo, delante del cementerio. Por la puerta se podía ver el interior. No tembló, no estuvo nerviosa, se sintió inexplicablemente segura y de nuevo comenzó a fumar. Descorrió una pequeña tranca antigua, abrió la puerta negra y entró. Era un lugar pequeño, todo en una pieza, con la tapia de mampostería, de aspecto íntimo. Seguramente, porque todavía faltaban varias semanas para el día de los difuntos, las tumbas del suelo, al parecer las más antiguas, estaban algo abandonadas. Los nichos, con flores de plástico, no. Empezó a buscar despacio nicho por*



nicho. Notó golpear su corazón dentro del pecho. No fue lo suficientemente paciente y se fue con la mirada hacia los últimos. Allí estaba. «AQUÍ YACE GABRIEL MERCHÁN GARCÍA. SUS FAMILIARES Y AMIGOS NO LE OLVIDARÁN. D.E.P.», rezaba en una lápida blanca de alabastro con letras en negro sin más texto, ni adornos, ni flores de plástico. Encima del cristal que la protegía y en los rebordes, por dentro, las pequeñas motas de la humedad congregadas ocasionalmente. No supo moverse durante varios minutos. Allí estaba, allí lo tenía, en el fin. Gabriel muerto delante, allí dentro, metido en una caja de madera, con su cara, sus manos, los labios que la besaron, la boca que le habló, seguramente reconocible todavía, inerte, pero allí delante, dentro. Jamás había sentido aquella sensación al estar ante un muerto sin verlo. Sólo se repetía sin mover los labios: «Estás

*ahí. Estás ahí». Miró hacia atrás por si había alguien y encendió un nuevo cigarro. No sabía si se podía fumar en los cementerios. Venían al centro de su atención desde algún rincón de su mente frases apropiadas para definir y completar aquello, visiones, recuerdos difusos y concretos. En medio de tanta intensidad, paradójicamente discreta y silenciosa, sus ojos se detuvieron vagamente en un objeto que estaba depositado entre la lápida de alabastro y el cristal, medio difuminado para la vista por los cientos de gotitas de agua que empañaban el vidrio en esa zona. Pero no le prestó demasiada atención. Era algo alargado, quizá de madera barnizada de oscuro, con buena factura. Estaba allí, solitario, en medio, tocando levemente con el cristal.*

*Las cartas de Gabriel, almacenadas en un cuarto secreto y cerrado de su memoria, con la llave única bien guardada, salían ahora y envol-*



vían aquel ambiente con frases o ideas inolvidables. Gabriel le contaba sus inquietudes, sus impotencias, su afición por los bosques y por las noches sin luna en medio del campo, sus melancolías felices, y algunos detalles de su corazón que ella jamás hubiera revelado y a los que nunca correspondió con frases similares porque creía no saber decirlo tan bien y porque no se atrevía. Amparo le había regalado la estilográfica como queriendo tener alguna participación simbólica en su vida interior. A la mañana siguiente de recibirlas, las volvía a leer y, luego, las guardaba en un lugar secreto y particular de la casa. Si su marido se iba de viaje para unos días y hacía un tiempo que Gabriel no la escribía, sacaba unas cuantas y las leía despacio sentada en un lugar tranquilo. Por aquellas cartas Amparo andaba descalza y de puntillas en otro mundo del habitual, que tenía la magia única del paralelismo, de

la reserva y del sueño. Aunque se sabía transgresora de la norma y quizá, también, de la moral, con aquellas cartas, con aquel hilo tendido hasta Gabriel, su existencia era casi perfecta: tenía la realidad y un sueño de valor incalculable.

No sabía bien qué hacer. Estaba segura de que no habría un día igual para su historia con él. Las sensaciones, los pensamientos, la frescura de las reflexiones no serían igual nunca más. Le dolía la muerte de Gabriel y su implícita idea de fin, de nunca más, pero con ello también nacían un manojo de encantos interiores, particulares y solitarios.

Sin darle demasiada importancia, observó que el candado color bronce que mantenía cerrado el cristal del nicho parecía abierto. Lo comprobó distraídamente. Casi no se notaba, pero estaba abierto. Después de unos pocos minutos de haber comprobado este detalle asoció de repente la



*idea del candado abierto con la curiosidad por saber qué sería aquello que estaba depositado en la parte baja de la lápida. Dudó si abrirlo. Quiso quitarse de la cabeza la curiosidad superficial concluyendo en que sería algún adorno funerario, restos de algo que hubiera habido allí. Tenía muy buena factura lo que fuera. Desistió de comprobar su curiosidad y luego la tuvo de nuevo y de nuevo desistió y, finalmente, se animó a curiosear, aunque en realidad no le interesaba nada. Como jugueteando, como engañándose a sí misma para tener algo que hacer y permanecer allí con más fundamentos, abrió el candado del todo y lo sacó de las dos argollas que enlazaba. Le pareció como que alguien la estuviera mirando desde la puerta. Se le disparó el corazón dentro del pecho. No había nadie allí atrás. Estaba empezando a llover. Abrió el cristal. Con la puerta abierta, nerviosa, temblando, acercó la mano*

rápidamente a la caja alargada que le había llamado la atención. El corazón le golpeaba en el pecho. Era una cajita de madera, fabricada en dos piezas. Al moverla le sonó algo dentro. No podía abrirla y ya tenía que hacerlo. Tembló forzando la apertura. Ante la presión cada vez mayor se abrió de repente. Al suelo cayó algo alargado de color oscuro que quedó inmediatamente oculto entre la hierba seca mojada. Se agachó a recogerlo a toda prisa. Era una pluma estilográfica. La estilográfica que le había comprado en Oxford, la mejor que había encontrado buscando en muchos lugares. Él le había escrito que siempre iba con él, que la depositaba en la mesilla cada noche y que incluso alguna vez habían dormido juntos. Cuando recobró íntegramente la consciencia, después de unos segundos, advirtió con gravedad lo que en realidad estaba haciendo. Siguió una decisión instantánea, como si la tuvie-



ra estudiada de antemano y no hiciera falta analizarla. Guardó la pluma en su bolsillo, cerró la cajita, la depositó en el lugar donde estaba, introdujo el brazo del candado torpemente entre las dos argollas y lo cerró hasta oír que candaba. Miró tras de sí de nuevo. No había nadie. Ahora ya no podía revocar su actitud, pero no sabía si había hecho bien o mal. Estaba ya tan nerviosa que no podía conciliar aquel sosiego del principio que le permitía incluso disfrutar del dolor. Quiso pensar. No podía. Ya no era fácil permanecer allí. Movi6 los labios para decir casi imperceptiblemente «Adi6s» y sali6 del cementerio. Al cerrar la puerta mir6 la tumba de Gabriel. Los muertos no se mueven, est6n ah6, no dicen ni hacen nunca nada, aunque parezca que lo vayan a decir.

A un par de decenas de metros vio a un hombre mayor aparejando un burro. Estaba muy a lo suyo. La presencia de Amparo no le hizo variar lo

más mínimo su tarea. Le saludó. Él correspondió, la miró y siguió afanado en tirar de una correa que unía los dos extremos de la panza del animal. «Soy de Barcelona -le dijo- he venido a visitar la tumba de mi primo Gabriel Merchán». «¿Desde Barcelona?. ¿Y ha venido sólo a eso?», le preguntó el hombre con la voz forzada por el trabajo sobre la panza del burro que no acababa de rematar. Amparo siguió mintiendo, dando detalles para adornar el punto al que quería llegar. «¿Usted le conoció?». «Sí», siguió afanado en lo mismo. «¿Habló con él alguna vez?». «Sí, muchas. Hablaba con todo el mundo». Parecía difícil arrancarle frases de dos párrafos a aquel hombre, al menos mientras no terminara de aparejar al burro. Quiso intentarlo por otro lado: «¿Usted fuma?». «No». Justo en ese momento logró anudar las dos correas en una anilla, levantó la cabeza, miró a Amparo y vio que la última



*pregunta era en realidad si quería el cigarro que le estaba ofreciendo. Eso cambiaba las cosas un poco, eso y el hecho de que por fin hubiera terminado lo que por lo visto no podía interrumpir. «Bueno, traiga uno. ¿Es rubio?, traiga. No fumo porque en casa no me dejan. Ahora todo el mundo se empeña en lo mismo. Mi padre fumó hasta los 93 años, fíjese usted y se murió de una caída. Iba siempre con el cigarro en la boca. Se le apagaba, lo encendía; se le apagaba, lo encendía». Empezó a llover más fuerte y se refugiaron en el interior de la cuadra apoyados en las jambas de la puerta. El burro quedó allí con el aparejo cubierto por un trozo de plástico. Parecía darle igual mojarse o no. «Su primo era un hombre de esos que van a lo suyo y de esos que andan todo el día leyendo y cavilando. Era listo, se le veía. Murió de la enfermedad esa en la que la sangre se hace agua. Dicen. Se barrió en poco tiempo, el*

hombre. De último estaba muy estropeado. Decían que cuando se vio sin remedio le dijo a la familia y a los amigos que no quería que le metieran en ningún hospital. En los hospitales entras para cualquier cosa tonta y te hacen de todo... Venía a verle mucha gente, aunque yo creo que a él no le agradaba del todo. No tiene que ser un plato de gusto que a uno le vean así. Todavía si eres viejo, te da igual, pero joven como era y buen mozo... Todas las tardes, lloviera o hiciera sol, siempre paseaba para el mismo sitio, a donde nace el arroyo. Se veía que esto le gustaba... ¿Hubo líos luego por la casa, por la herencia y eso, no?». «Yo de eso el caso es que no sé nada, como vivo tan lejos». «Pero es su prima, ¿no?». «Ya, pero yo no tenía parte en la herencia». «Ya, que usted tendrá suficiente con lo suyo y no necesita más, si no me equivoco». El hombre quería su contrapartida informativa. Le ofreció un



nuevo cigarro. No dijo que no. Amparo preparó su siguiente y decisiva pregunta dando las primeras chupadas al nuevo cigarro mientras extendía la mano para tocar en cadena la fila de gotas de agua que caían del tejado sin canalón. «Oiga, ¿y qué es eso que hay entre el cristal y la lápida del nicho de mi primo?». «Un bolígrafo o una pluma, no sé, algo de escribir. Se la pusieron sus amigos. Debía ser voluntad del muerto, yo no lo sé». ¿Y cómo no se la metieron con el cadáver?». «Por lo visto se les olvidó y al cabo de unas semanas, cuando desbarataron la casa, apareció, y se la pusieron entre la lápida y el cristal en una caja pequeña, porque a ver quien era el guapo que la metía dentro después ya de un mes o más. Yo no lo he visto, a mi edad, cuanto menos vaya uno al cementerio, mejor, no sea que le hagan quedarse a uno ya para siempre». «Pero se la podían robar, no?». «No digo que no haya gente capaz,

porque la hay para todo, pero robarle a un muerto y encima robarle un triste bolígrafo, me parece que se le ocurre a poca gente. Si fuera de oro... El caso es que, por eso o por lo que fuera, le pusieron un buen candado, tiraron las llaves no sé donde para que nadie lo pudiera abrir y le pusieron un cristal gordo, casi como el de los bancos. Por lo menos eso dijeron».

Aún llovía. Amparo se despidió. «Se va usted a mojar». «No importa». La pluma olvidada en principio..., depositada fuera después..., el candado de seguridad abierto... Si hubiera querido creer en algo más habría tenido una buena coartada para ello. Se marchó. Nunca iba a olvidar que existieron tantas coincidencias encadenadas. Pensó que volvería. Ahora tenía un santuario a su manera en un lugar secreto para refugiarse y transgredir la norma sin que hubiera peligro de ningún tipo. Un sitio para soñar a solas.



*Aquel mismo día no regresó a Barcelona, pasó la tarde y durmió en Salamanca. Precisaba de una noche más para pensar, para recordar y para planificar cómo sería en adelante la habitación secreta en su cabeza para Gabriel. De su mano no se separó la pluma paseando por la Plaza Mayor. Comenzaba el curso. Salamanca olía a juventud, a vida intensa, a dejarse llevar por el futuro. Deseaba sentirse observada desde alguna parte, intuir otra pista que colmara de sospechas aquel día. Pero no notó nada más.*